

PARA CONTINUAR EL DIÁLOGO

RAFAEL ALVIRA

Una sensación creciente se está extendiendo en los países democráticos: la política es un circo. Cabía esperar que esto sucediera. El pueblo soberano elige sus representantes, pero ellos no son mandatarios, es decir, personas que tienen un mandato claro y estricto que cumplir, lo cual no es método para el gobierno y menos en una sociedad cambiante. Más aún, aunque tengan la intención de ser fieles al mandato, apenas pueden hacerlo, pues se ven obligados a hacer pactos.

Tanto para ganar votos, como para defender sus intereses ante la opinión pública, el representante se ve obligado a darle un nuevo sesgo o connotación a su título: es representante, sí, pero porque representa un papel. Y ahí nace el circo. Él impregna toda la política, aunque su lugar paradigmático son los discursos fuera y dentro del Parlamento. En éste, los representantes del pueblo, que, en buena lógica, debería exprimir su sabiduría y prudencia en encontrar mediante el diálogo los mejores caminos para realizar el bien común, hablan, sabiendo de antemano que da igual lo que

||||||||||||||||

La retórica y el saber actuar son convenientes para la vida política, pero la prudencia y el arte de gobierno no se basan en ellas

digan, ya que cada partido ha decidido de antemano lo que va a votar. O, mejor dicho, dan discursos en la esperanza de que los medios de comunicación recojan una frase feliz que pueda tener impacto popular.

Como en los circos, en las campañas electorales y en los parlamentos hay payasos –no faltan, por ejemplo, en España–, saltimbanquis, domadores, etc. Y la calidad del circo va disminuyendo, pero eso era también de esperar, dado que pocas personas de valía quieren hacer circo donde no debería haberlo. Ellos saben que como circenses tienen poder, pero no les gusta compartirlo con unos ocultos dueños del circo: extraña visita la del Sr. Soros al Presidente del Gobierno.

Por supuesto, tanto la retórica como el saber actuar son muy convenientes para la vida política, pero la prudencia y el arte de gobierno no se basan primariamente en ellas, salvo en la democracia representativa de partidos. Y ello se debe a que ésta se construye sobre ficciones, en concreto, el pueblo, la soberanía popular, el gobierno representativo. Para que haya pueblo, es preciso que exista un principio que le dé unidad: una fe común, un sentido de común des-

pendencia, cultura, o fin común. Pero la libertad absoluta rompe, como ya se vio en el siglo XVIII, todos los vínculos fuertes: no hay pueblo, hay gente, que es distinto. Si no hay pueblo, no hay soberanía popular. Se trata de una ficción flagrante, pues sin unidad profunda no se puede determinar el poder. Y un grupo de gente unida sólo por el respeto a la Constitución democrática espera que se cumpla la máxima democrática: libertad e igualdad. Sus representantes, por tanto, nunca lo son de un pueblo inexistente, sino de los intereses de cada grupo. Ahora bien, esos intereses, como ya señaló en el siglo IV a.C. Aristóteles, son en lo fundamental económicos, dado que, si hay diferencia económica, ni se da igualdad social, ni se consigue la libertad total. Y el filósofo ateniense, en su realismo, sostenía lo evidente: el único modo de que funcione la ficción es que exista una clase media amplia.

Thomas Hobbes, el padre de la política moderna, decía que el Estado es un artificio. En efecto, si la sociedad y el gobierno no se basan en la naturaleza y la historia, entonces o aceptamos el circo o la tecnocracia. Me parece que todo conduce hacia esta última ●